

# Presentación

**Román de la Calle**

*Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos*

Nos encontramos en una relevante coyuntura histórica, muy especial para nuestra revista y que será ciertamente crucial en su trayectoria. De hecho, cada número / año que va transcurriendo nos aproxima, paso a paso, inexorablemente, nada menos que a la celebración de su primer centenario. No es efectivamente común –dado el difícil perfil estadístico de la sobrevivencia de las entidades culturales actuales y en general– que una revista de arte cumpla nada menos que cien años.

Más bien diríamos que tal acontecimiento supone evidentemente toda una excepcional y extraña aventura, que conlleva, por supuesto, el sostenido mérito compartido institucionalmente, gracias a las diferentes generaciones, que de forma encadenada, supieron compartir responsabilidades y repartir las tareas concurrentes. Todo ello diacrónicamente ha posibilitado no sólo su concreta concepción, desarrollo y mantenimiento, sino también las subsiguientes adaptaciones imprescindibles, que la han ido conduciendo de forma efectiva, con buenos resultados y admirable trayectoria, hasta nuestros días.

Involucrado directamente en la citada experiencia –como actual Presidente de la Real Academia– tengo sobre mi mesa de trabajo, mientras redacto esta coyuntural presentación, dos ejemplares, muy especiales, de la revista *Archivo de Arte Valenciano*. Por un lado, hojeo el número uno de la publicación, fechado el 31 de marzo del año 1915, singular entrega que iniciaba precisamente la aventura del novedoso y esperanzado proyecto. Se trata, en efecto, de un número sumamente austero en su verde oscuro diseño de portada, reducido en su extensión y cuidadosamente planteado, dando clara prioridad a los textos seleccionados, pero sin dejar, en ningún caso de recurrir testimonialmente a las imágenes en blanco y negro, bien se trate de reproducciones fotográficas y/o de ilustraciones gráficas, siempre directamente integradas en el desarrollo de los temas tratados en los artículos incluidos en este número inaugural.

Seguro que la aparición de esta primera revista –publicada por la Real Academia, en el recién inaugurado siglo XX, en plena efervescencia de las vanguardias, aunque nuestra institución no se refiriese en ningún caso, a este hecho históricamente fundamental, en sus páginas– debió movilizar en su entorno a todo el comprometido equipo directivo de la entidad.

Considero que dos cuestiones quedan, desde un principio, bien claras en su orientación: a) la rigurosa prioridad dada a la investigación histórica y a la orientación académica fielmente mantenidas y b) la especial fijación que se manifiesta en torno al arte, el patrimonio y la cultura valencianos, haciendo de esta manera explícita referencia al título significativamente elegido para la publicación.

Por ello, desde esta estricta aproximación metonímica, utilizando sólo los dos extremos del *continuum* histórico abordado, me atrevería a subrayar el carácter plenamente retrovisor que, desde su nacimiento, se quiere dar a la joven publicación, que comenzó siendo trimestral, solo por dos años.

Promoviendo ilusionadamente, en esa franja histórica, la implantación del nuevo *Archivo de Arte Valenciano*, pensamos que los señores académicos de hace un siglo querían colocar a su institución al nivel de otras entidades paralelas de aquel momento, que ya venían cobijando ejemplarmente, entre sus dedicaciones, las tareas de investigación científica, el rigor exigido a la divulgación ejercida y los empeños didácticos, explicitados, a favor de la educación artística de la propia comunidad receptora del proyecto editor.

¿Pensaron, por ventura, al desear larga vida a su nueva empresa común, que la revista iba a llegar a ser centenaria, con las adecuaciones y los paréntesis históricos habidos, en tan compleja singladura? De hecho, en ninguna parte de la publicación se hace constar ese posible y ambicioso sueño intergeneracional. Pero personalmente quiero imaginar y deseo valorar en su justa medida la prioridad fáctica concedida al proyecto, toda vez que la revista siguió manteniéndose a flote, hasta el forzado paréntesis que obligatoriamente marcó, en ella, el levantamiento franquista de 1936, hasta que ya se pudo reanudar de nuevo su edición, más tarde, en la posguerra (1952).

No se trata de abordar aquí una historia, por muy sucinta que pudiera ser, de los avatares y logros globales de nuestra revista. Otros lugares y momentos más favorables habrá, para ello. Pero sí que deseamos argumentar –en esta coyuntura– un posible juego comparativo de las respectivas situaciones de aparición histórica y de llegada hasta el presente que esta aventura –en si misma– comporta.

En el otro extremo de este maratón centenario tenemos el bloque de las actuales ediciones de la revista, justamente en las novedades que afectan a los últimos números, hasta la fecha, coincidiendo además con la reciente remodelación formal y con profundo rediseño, emprendidos comprometidamente bajo el mandato del actual Equipo de Gobierno de esta Real Academia, hace ya seis años / seis números (2008-2013).

Deseábamos, con tal paso, de cara a la celebración del primer siglo de existencia, reconocer, por una parte su poso, valor y sabor histórico y, por otra, apostar abiertamente por su actualización –en diseño y calidad– de cara al siglo XXI, esforzándonos por el alcance de sus nuevos objetivos y por las exigencias universitarias de excelencia, en las que nos vemos irremisiblemente involucrados internacionalmente en la exigente actualidad.

Siempre hemos pensado, de forma comprometida, que la Real Academia de Bellas Artes no puede alejarse de la colaboración que, a ultranza, implica la coexistencia que mantiene con la esfera universitaria, ni tampoco pueden mermarse sus programados intercambios directos con el extenso y diferenciado ámbito de los profesionales del mundo de las artes, tanto en la faceta de sus prácticas creativas como asimismo en los plurales niveles que se abren a su conocimiento e investigación. ¿No constituyen acaso estas mismas áreas una parte fundamental del contexto existencial que influye, respalda y colabora con la propia revista, de manera continuada?

Precisamente este volumen XCIV de *Archivo de Arte Valenciano*, que el lector tiene en las manos, materializa –por sexta vez– la propuesta de rediseño, presentada en el transcurso del curso 2007-2008 por el entonces Académico Correspondiente, destacado diseñador, amigo personal y eficaz

colaborador en diversas aventuras culturales emprendidas conjuntamente en nuestro ámbito valenciano, Ilmo. D. Francisco Bascuñán (Valencia, 1954-2009).

Recuerdo bien que, de cara al rediseño de la revista, le subrayé diversos extremos: en primer lugar la conveniencia de respetar su formato, como único elemento de enlace común, a través de su itinerario casi centenario. En segundo lugar, le rogué que tuviera muy en cuenta, como profesional del diseño gráfico, que deseaba ofrecer al público una revista perfectamente adecuada al tiempo actual, dentro de la sobriedad académica propiciada. Teniendo esos parámetros en cuenta, nos poníamos totalmente en sus experimentadas manos. Y la verdad es que supo perfectamente interpretar nuestros pensamientos y deseos estéticos, en su rediseño. La nueva revista es excelente en su dimensión formal y he de reconocer que siempre ha causado una magnífica impresión. El primer paso estaba, pues, dado y con éxito, gracias a la estrecha colaboración del amigo desaparecido, a quien nunca podré ya separar de esta compartida aventura editorial. Ahí queda –explícito– mi público agradecimiento.

Paralelamente nos habíamos propuesto asegurar definitivamente la autonomía de contenidos de la publicación, aligerando para ello, a fondo, los bloques de su índice habitual, concretamente respecto a la histórica obligación de recoger, entre sus apartados, la “Memoria Académica Institucional”, tal como había venido haciéndose, desde que se optó por considerar la revista como la única publicación periódica de la entidad, en plena posguerra. Lo cual implicaba, por nuestra parte, la decisión de generar –como publicación independiente– un *Anuario de la Real Academia*, de menor formato pero también de estudiado diseño, tipo cuaderno, teniendo como misión el asumir y dar a conocer la vida pormenorizada de la Real Academia, con la exposición puntual de las numerosas actividades institucionales llevadas a cabo, durante el curso académico, por nuestra entidad. Todo un símbolo de nuestros esfuerzos y redoblados ánimos de colaboración.

También esta experiencia de diferenciar ambas publicaciones ha sido acogida siempre con satisfacción, durante estos seis años transcurridos, hasta el extremo de ampliarse aún más sus cometidos, recogiendo en sus páginas los diversos tipos de discursos académicos pronunciados durante el periodo académico e incorporando a sus capítulos el listado de las nuevas publicaciones –por intercambio, adquisición o donación– integradas, cada vez, en los fondos bibliográficos y hemerográficos de la Real Academia.

De esta forma, el hilo conductor del actual *Anuario 2013* recorre ni más ni menos e último curso 2012-2013, desplegado entre los meses de noviembre del 2012 y junio de 2013, lo cual nos permite llevar a cabo una eficaz recopilación de todos los datos, referencias y materiales informativos pertinentes, en la memoria correspondiente del curso.

Se entenderá, pues, nuestra especial satisfacción al contemplar, sobre la mesa de trabajo, los dos modelos extremos de la revista, que circunscriben su primer siglo de existencia. Claro que han existido también otras remodelaciones intermedias, que he estudiado y conozco bien, desarrolladas en dicho arco cronológico, pero –como tales– no eran significativas, para mí, en esta coyuntura de reflexión comparativa.

Quisiera estratégicamente recordar, además, en esta Presentación, las secciones definitivas en las que ha quedado dividido operativamente *Archivo de Arte Valenciano*. Concretamente los apartados del índice son cuatro: (a) En primer lugar, nos encontramos con la *Sección Histórica*, que aglutina las aportaciones diacrónicas, referidas en sus contenidos desde los orígenes hasta el siglo XVIII; (b) en segundo lugar, tenemos la *Sección Contemporánea*, que recoge los estudios que versan desde el XIX hasta la actualidad y que van creciendo comparativamente en su aproximación a los estudios de la cultura de la transición política; (c) como eje diferenciado, presentamos el *Dossier* monográfico,

variable siempre en cada entrega y encargado por rigurosa invitación, que, en el fondo, desearíamos que viniera a caracterizar, con total singularidad, cada uno de los números de la revista; y (d) por último, contamos con la sección de las *Recensiones de libros*, seleccionados de entre las publicaciones consideradas más relevantes en las diferentes especialidades de nuestras secciones académicas y editados siempre durante el último año.

Por otra parte, desde la remodelación, que contempló el rediseño total, la inclusión de imágenes en color, el tipo de papel y la ya explicada reestructuración de contenidos de la revista, ésta ha duplicado efectivamente su volumen y también ha sido indexada por diversas instituciones especializadas. Es lógico, pues, que nos hayamos esforzado también en dar cabida a las mejores colaboraciones, remitidas por los investigadores de los diversos campos, siguiendo el parecer y el asesoramiento de nuestro Consejo Rector y ciñéndonos a los pertinentes informes ciegos externos exigidos. Consideramos así que nuestra revista se ha convertido en una de las más destacadas publicaciones de arte de nuestra comunidad. Y decididamente procuraremos mantener este nivel ya públicamente logrado, también en referencia a otros foros académicos internacionales, involucrados en la cultura artística y en sus distintas vertientes críticas, museísticas, teóricas, patrimoniales e históricas.

De hecho, nos hemos visto obligados, año tras año, a controlar su volumen por exigencias presupuestarias y por cordura responsable. En ello estamos, a sabiendas de que, de cara al futuro, no será fácil poder orillar la tendencia tecnológica, cada vez mayor, a presentar y difundir las revistas efectivamente en CD, con el considerable ahorro y la eficiencia divulgadora que ello comporta paralelamente. Al menos desearíamos, antes de vernos obligados a tomar tal medida, de forma drástica, poder celebrar el siglo de la publicación, ya tan próximo, para conseguir hacer balance, lo más completo y sistemático posible, del camino recorrido con los cien primeros números.

Tal es nuestra meta, de momento, y así lo hemos comunicado oficialmente a nuestros Académicos, amigos y colaboradores. No obstante, es sabido que nuestros lectores pueden asimismo tener acceso y consultar, en la página Web de la Real Academia, nuestras publicaciones y en concreto los números recientes de nuestra revista, que se hallan *on line* a su disposición.

Unida a esta última consideración, queda ya bien claro que una de las vertientes más destacadas en la Real Academia es la prioridad concedida a nuestras publicaciones, actividad a la que dedica buena parte de sus esfuerzos e inversiones esta institución. Y es fácilmente comprensible este hecho, ya que históricamente una vez escindida de forma oficial su existencia de la docencia reglada (la fundación de la Escuela de Bellas Artes de San Carlos, hoy Facultad, adscrita a la Universidad Politécnica, fue efectivamente el motivo básico de la creación de la Real Academia) y de la gestión directa del Museo, tareas ambas –dado su carácter de entidad fundadora de las mismas en la ciudad de Valencia– que ocuparon su trayectoria durante cerca de dos siglos (ahí estuvo para constatarlo el Museo de la Real Academia, hoy Museo de Bellas Artes, adscrito al Estado y gestionado por la Generalitat, tras su remodelación administrativa).

Por todo ello, como se ha indicado, la investigación y la difusión de sus trabajos constituyen –junto a la conservación de su patrimonio artístico, archivístico y bibliográfico y su labor asesora y consultiva institucional– menesteres ineludibles suyos, además de la promoción de actividades culturales en / para la sociedad valenciana, que define nuestro contexto inmediato. En consecuencia, la aparición anual, en paralelo, de *Archivo de Arte Valenciano* y del *Anuario de la Real Academia* marca siempre un hito destacado de su calendario oficial, sin olvidar –con igual interés– la existencia de las colecciones de libros que la Real Academia asimismo sostiene e incrementa asiduamente, como son la colección de “Investigacions & Documents” y la colección de “Donaciones a la Real Academia”, en las que siguen publicándose nuevos títulos, año tras año.

Especial atención ha dedicado la Real Academia a fomentar, en los últimos cinco años, el estudio de la cultura artística de nuestra transición política y su desarrollo posterior (1978-2008). Efectivamente, la celebración de los treinta años transcurridos del desarrollo de lo que podríamos calificar como “la cultura de la transición”, se nos presentó, hace algún tiempo, al tomar posesión de la Presidencia de esta Real Academia, como oportunidad única para poner en marcha un ambicioso proyecto de investigación, que también se refleja en el crecimiento de los trabajos publicados en la Sección Contemporánea de la revista, dedicados a esta época reciente.

A su socaire, activamos asimismo la reflexión imprescindible sobre la memoria de las experiencias artísticas, surgidas en ese periodo y fuimos conscientes de la necesidad de historiar cuidadosamente sus rasgos caracterizadores y, con ello, las nuevas formas institucionales de gestión cultural, así como los plurales efectos y, sobre todo, el estudio de las consecuencias, ejercidas sobre los planteamientos socioculturales de las políticas ejercitadas en las décadas siguientes.

Era importante hacerlo, ya que han condicionado, de hecho, también todo nuestro conflictivo presente. Pero han sido, en su conjunto –todos esos parámetros enumerados– las claves fundamentales de un amplio proyecto de investigación colectiva interuniversitaria, coordinado ilusionadamente, durante años, desde la Real Academia. Nos referimos a la publicación escalonada en varios tomos, titulada *Los últimos 30 años del Arte Valenciano Contemporáneo*. (Colección “Investigacions i Documents”) que ha recogido puntualmente estos esfuerzos.

La verdad es que toda una serie de generaciones –imbricadas entre sí y que hemos convivido, con mutua intensidad, en este reciente tercio de siglo transcurrido– llevamos aún sobre nuestras espaldas las experiencias, ambiciones, esfuerzos y perplejidades que han conformado ese considerable periodo de nuestra historia colectiva (1978-2008). Algunos, por nuestra edad, asistimos incluso a los primeros pasos de esa esperanzada transición; otros se incorporaron luego a la aventura compartida y puesta en marcha; mientras que muchos, por su juventud, han desarrollado sus personales trayectorias –ya– bajo los efectos sobrevenidos en tales décadas y han participado activamente en la cadena de logros posteriores. Quizás la Real Academia se ve bien representada en esta operativa cadena intergeneracional.

Ésta ha sido la palanca y la polea de transmisión de todo el proyecto, que acabará materializándose efectivamente en una especie de enciclopedia, estructurada de forma global en cinco volúmenes, que, como hemos indicado, recopilará todas las investigaciones personales, llevadas a cabo colectivamente por académicos, universitarios y profesionales del mundo del arte, trabajos encargados siempre a especialistas / protagonistas en las respectivas materias artísticas estudiadas.

De hecho, la vocación histórica de la Real Academia, desde su fundación real, en el año 1768, instalándose en el antiguo edificio de l’Estudi General (hoy Centro Cultural “La Nau”), nunca ha estado lejos de la vida universitaria, tanto en la vertiente docente como en la investigadora, tanto en la faceta patrimonial como en la museística, aunque, de hecho, tampoco ha estado jamás alejada de la vida cotidiana y artística de nuestra ciudad. Pues su cometido y metas fundacionales cubrían efectivamente ese conjunto armónico de objetivos. A nadie extrañará, por tanto, que, cuando vamos a cumplir institucionalmente los 250 años de existencia, nos hayamos propuesto activar nuestras influencias para poner en marcha este proyecto ejemplar, nunca antes gestado, de construir la historia del arte valenciano habilitado en nuestros últimos 30 años, coincidentes exactamente con la etapa democrática de nuestro país.

De ahí que pongamos el acento, ni más ni menos, en las claves de la cultura de la transición, con la que convivimos y en la que nos forjamos, como personas, como ciudadanos y/o como académicos. Consideramos, por ello, sumamente relevante hacer notar, en estas reflexiones –a las que

siempre hemos querido dotar de un cierto carácter programático— que en torno a la “cultura de la transición” habría que apuntar dos notas básicas en su exacta descripción: a) por una parte, reconociendo su carácter de “deseada”, partiendo lógicamente de la prolongada y zigzagueante cultura antifranquista, *in nuce* desde el arco formado por la amplísima posguerra, beligerante a través de la consolidación tecnocrática, de la estabilización y del desarrollismo posterior y luego bien acentuada durante el último franquismo de los setenta; b) por otra parte, esa misma esperada cultura de la transición, gestada, en principio, tras las premisas antifranquistas, que parecían preanunciar ya sus posibilidades y alcance rupturistas, acabó, sin embargo, resultando, paradójicamente, con un claro perfil “consensuado” y con sus metas respectivas bien pactadas *a priori*.

Contempladas hoy sus balizas posibilistas, es evidente que las dos prescripciones, recibidas desde el poder y aceptadas en todas sus bases de gestión, fueron: por un lado, la indiscutible *representación política* de sus mejores logros, como condición final (cultura & poder), y, por otro, la determinación del *mercado como marco* único de los movimientos y de las acciones contextuales, practicables en el hecho artístico del momento, en toda su globalidad (cultura & mercado). Como institución seguidora de la realidad histórica circundante, la Real Academia ha vivido estos perfiles, entre los que ha debido operativamente moverse e incluso adaptarse a ellos, firmando convenios, discutiendo condiciones, analizando circunstancias, tensionando situaciones.

Tales fueron, brevemente apuntadas, las claves condicionantes de la existencia de la denominada cultura de la transición y del sistema / organización viable, que se establecieron estratégicamente para encauzar todas las efervescentes posibilidades socioculturales que se venían cogestionando, desde los diferentes núcleos de intervención. Es decir, que frente a la esperada ruptura política —por parte de muchos— se pasó a la dialogante transición, que puso los fundamentos de un futuro pactado por las diferentes fuerzas políticas y cuyos efectos pacificadores alcanzaron también plenamente, en extensión e intensidad, al ejercicio artístico y cultural de todo este desigual periodo democrático, en el que hemos vivido.

Las consecuencias de los pactos políticos fueron también evidentes, en su abierta proyección sobre la cultura, que se encontró así esencialmente sometida tanto a un “sentido común” autorregulador (*bon sens*, *seny*) en su alcance de gestión cultural institucionalizante, como a una creciente “atmósfera desproblematizada” (su modelo establecido era una cultura no problemática, arropada / respaldada desde la política misma), siempre manifiesta en sus diversas aspiraciones, en sus contextos de mediación y también en los planteamientos operativos correspondientes. De hecho, si la cultura decidía, en algunos casos, recurrir a hacer suyos conflictos y/o problemas existentes, se convertía tal estrategia en una forma evidente de trasladarlos de forma rápida —caballo de Troya— al núcleo mismo del *status quo* del poder. Y los pactos en el seno de la cultura, a cualquier nivel, no contemplaban precisamente esas posibilidades, desde el momento mismo que, desde arriba, se repartieron cuidadosamente tareas, responsabilidades, poderes, subvenciones y prevendas.

Es así como quedó bien definido, sin ambigüedades, qué se podía llevar a cabo y qué no tenía cabida en el contexto de la cultura del periodo; quién podía tomar la palabra, porque tenía acceso franco a los medios de comunicación y quien no podía / debía hacerlo; qué lenguajes poseían valor y qué pasaba por una simple *boutade*, un mero ruido en la cadena comunicativa, es decir una insensatez a eliminar de oficio, una irresponsabilidad desestabilizadora, que debía quedar *ipso facto* fuera del marco autorizado. Las reglas de actuación socioculturales quedaban perfectamente establecidas en el nuevo contexto y el recurrente paradigma de la (esperada / sospechosa / revisable) transición.

Por nuestra parte (como especialistas que pueden recorrer la historia, pero que tienen los pies en el presente), siempre hemos pensado que la mirada del arte es una mirada básicamente problematizadora e inquisitiva y un reto comprometido que se lanza sobre la realidad; que la auténtica voz de

la cultura es / debe ser asimismo, por definición, crítica, operativa y transformadora, en su propia esencia. Pero, seamos sinceros, esas no fueron básicamente, ni mucho menos, las exigencias del arte ni de la cultura que se postularon / establecieron en la transición democrática de nuestra última y reciente historia, ni lo ha sido tampoco luego.

Digámoslo claramente: toda opción artística que se sabe, en sí misma, desproblematizadora es paralelamente también una mirada despolitizadora (que no es lo mismo que apolítica). Y ése fue el máximo riesgo y el peaje que asumió, en su conjunto, nuestra cultura de la transición, al hacerse democrática. También en el seno de la Real Academia.

Es directamente en esa cultura de la transición, tras el largo calvario de la dictadura franquista, cuando comienza a consolidarse —operativamente básica— la charnela conceptual entre dos nociones, que serán determinantes: *la cultura como derecho* y *la cultura como recurso*, al hilo precisamente de la sociedad del bienestar a la que se aspiraba democráticamente, en el nuevo contexto social y que hoy está haciendo aguas por doquier.

En tal reajuste, el mantenimiento del equilibrio entre ambas maneras de enfocar los fenómenos de la cultura no ha sido, por supuesto, nada fácil. Más bien y muchas veces, lograrlo, al menos a determinados niveles, nos ha parecido como algo imposible. Y en esa línea podríamos afirmar que la preponderancia de la primera opción, es decir, el reconocimiento político del *derecho a la cultura*, por parte de la ciudadanía, por ser ésta un valor intrínseco en el que todos deben poder participar, fue la clave; y si comenzó siendo definitiva de la actitud democrática, pasó luego a decantarse hacia el polo segundo. La *cultura como recurso* fue impactando crecientemente en programas de actuación y en medidas decisorias, imponiendo el uso instrumental de la realidad cultural, teniendo en cuenta sus capacidades de transformar y regenerar espacios y situaciones, en su potencialidad para crear riqueza. Ese desplazamiento del *valor intrínseco* de la cultura en función de su relevo inmediato por el *valor instrumental* ha sido, a grandes trazos, el perfil general del panorama normalizado, que ha cruzado y definido estas décadas de transición... hacia el siglo XXI.

De hecho, con la llegada de la transición democrática, en el marco cultural, se fueron creando, casi de oficio, como rasgo determinante de la nueva coyuntura, toda una serie de equipamientos, de espacios culturales y de estructuras administrativas, en todas las autonomías y en determinados contextos emblemáticos, dependientes del propio Estado. Se trató de una etapa fundamental, que propició ciertamente la creación de numerosísimos puestos de trabajo en este contexto sociocultural y artístico, a los que acudieron y ocuparon miembros de unas generaciones concretas, solapadas entre sí, aunque, a decir verdad, fueron prioritariamente los entonces jóvenes bien preparados / colocados los más beneficiados en tales oportunidades.

La realidad es que iban a permanecer en esos puestos de trabajo indefinidamente durante décadas. Estadísticamente se trató de una franja humana determinante, que ha mantenido una especie de bloqueo cronológico respecto a los posibles / efectivos miembros aspirantes de las generaciones siguientes. Su protagonismo, por ejemplo, en gestión cultural, en la docencia especializada, en la crítica de arte, en la administración de instituciones y/o en las estructuras de mediación de las políticas culturales han propiciado básicamente que la sociedad haya podido recurrir a ellos, por su experiencia y poder. Efectivamente, su capacidad ejecutiva, por su paralelismo cronológico con los reiterados últimos 30 años de historia, los ha colocado en primera línea durante estas décadas y ya forman parte de los obligados estudios, muestras e investigaciones actuales.

En este panorama se pasó de *la cultura* (concepto más bien disciplinar y totalizante) a *la vida cultural* (más claramente política) y de ésta a la activación de *la industria de la cultura* (directamente conectada al mercado). Toda una escalera, pues, que nos afecta directamente en la narración que

hemos decidido hacer nuestra, desde estas páginas, entre cultura, historia y sociedad. De hecho, comenzamos queriendo ser “modernos” en los inicios de la transición, para acabar siendo posmodernos, por abrumador dictado situacional, al potenciar ideas y sentimientos acordes con las fuentes internacionales que –como modelos deseantes del mercado– respaldaron y alimentaron aceleradamente la gestión pública del hedonismo, el espectáculo y otros aledaños de la cultura establecida y de la estética difusa. Burbujas en cadena, bien conocidas, tras su estallido y toleradas amplia y acríticamente, sin embargo, durante su gestación y desarrollo.

Así nos hemos ido aproximando (en la vida y en la memoria) a la realidad presente, que parece ya cerrar, de momento, el círculo de nuestro viaje rememorante, en medio de una inesperada crisis de valores, donde la alargada sombra de los mercados se manifiesta claramente en el individualismo consumista que nos domina, aunque esté frenado vivamente por la crítica coyuntura actual.

¿De qué podemos hablar ahora, en este concreto panorama, cuando nos referimos a la cultura? Pues, podríamos apuntar que el arte y la cultura se nos apuntan (a) como un conjunto de tejidos creativos y transformadores, dotado con un comprometido potencial revitalizador, conformado patrimonialmente por experiencias comunes, pero directamente amenazado e invadido, de forma creciente, por valores e intereses mercantiles; (b) como reducto de resistencia, que podría frenar y remediar los efectos de dicha invasión, oponiendo las exigencias propias de la autonomía del arte y de la cultura (con su interna axiología) frente a la estetización difusa y comercializada del entorno, tendiendo paralelamente, con ello, a la reconstrucción de las dañadas conexiones del vínculo social y humano, resentido seriamente frente al sistema / programa de sumisión generalizado de cualesquiera aspectos de la vida comunitaria a las insensibles leyes del mercado. Reconozcámoslo: hacen falta discursos críticos y comprometidos, transformadores potenciales de la realidad, que no se sometan directamente a la lógica oficial del poder. (J. Rancière).

Quizás, con sensibilidad migrante, debemos exigir creciente atención a “las culturas” (en plural) y, con ello, no relegar nunca la dimensión cultural propia de todo desarrollo, toda vez que ningún proceso de desarrollo se puede sostener y ser apreciado como completo, sin contar con el factor cultural integrado en el conjunto de dimensiones potenciadas en tal engranaje resultante. Posiblemente, desde una perspectiva actual, haya que hablar más de *democracia cultural* que de la reiterada *democratización de la cultura*, pues no se trata sólo de que la ciudadanía pueda acceder / ascender a la cultura, sino de que esa misma ciudadanía tenga posibilidades de incorporarse a la acción cultural, es decir también a la supervisión de las decisiones de la política en su intersección con la cultura, aspirando, de este modo, a devenir agente cultural con pleno derecho. Necesitamos, cada vez más, un sistema permeable a la renovación de las prácticas culturales. Y, sólo en tal contexto, el quehacer artístico tendría pleno sentido y alcance democráticos. Y en eso estamos o deberíamos estar.

Como Real Academia de Bellas Artes de San Carlos –reiteramos una vez más– nos sentimos sumamente atraídos tanto por la historia como por la urgente realidad de nuestro entorno. Y contando con la viabilidad de esa doble bisagra pretendemos girar la puerta de nuestros trabajos e investigaciones, así como también de nuestros asesoramientos y demás compromisos de intervención pública, abriéndola directamente a la sociedad. Por eso, en esta “presentación de la revista” –una vez al año– hemos querido, al hilo de nuestras publicaciones, reflexionar sobre el movetizo contexto sociocultural que nos influye, motiva e involucra, en el contexto presente, sin dejar de mantener la historia como respaldo efectivo. Es algo que echamos de menos en los demás números de la publicación que ya va a cumplir un siglo. Nada nos habla directamente del marco vital que las arropa. Todo debe adivinarse o ser rastreado. Excesivos paréntesis y vacíos tácticos.

Vivimos, es cierto, una época de generalizada crisis económica, acompañada además de múltiples consecuencias sociales, efectos políticos y administrativos y arracimadas derivaciones psicológicas,



que a nadie nos deja indiferentes o impunes frente a dicha situación, que afecta, por supuesto, al sistema entero de nuestra convivencia. Una crisis que nos coloca, como bien sabemos, muy especialmente a las instituciones de carácter cultural y artístico, con alargadas raíces históricas –celosas diacrónicamente de nuestra autonomía y concededoras a fondo de nuestras habituales funciones y objetivos– entre la pared del silencio administrativo y las tijeras bien afiladas de los recortes en cadena, que hace tan sólo un lustro no podían ni ser imaginados.

En verdad, siendo testigos de lo sucedido y ante los desmanes e irresponsabilidades presenciados, pensamos hoy que, de facto, la falta de sensibilidad y preocupación por las actividades y contextos de cultura han encontrado el panorama más adecuado para su justificación restrictiva en esta crisis. Tras las cuestiones económicas que justificar y resolver hay ineludiblemente también hondas raíces ideológicas. Y en ese difícil escenario nos movemos efectivamente. Por eso no podemos dejar de recoger nuestras preocupaciones, experiencias y deseos en estas páginas de presentación, que forman parte ya no sólo de nuestra publicación sino también de nuestra propia historia reciente.

Así pues, cerrando ya estas reflexiones previas y volviendo al inicio de las mismas, es obligado, para nosotros, mostrar la compartida satisfacción que nos embarga por la respuesta y positiva solicitud que *Archivo de Arte Valenciano* sigue despertando entre los investigadores, a juzgar por la cantidad de estudios originales que nos continúan llegando en cada convocatoria, frente a los cuales el Consejo de Redacción debe emplearse con dedicación y empeño, en su necesaria preselección.

En este volumen de la revista, se ofrece al lector un conjunto total de 32 trabajos, a través de las secciones abiertas que el índice mantiene. Así en la *Sección Histórica* se aglutinan 9 investigaciones que van desde el siglo XV hasta el XVIII, atendiendo a temas de pintura arquitectura, urbanismo e historia del arte, mientras que la *Sección Contemporánea* recoge, por su parte, 13 aportaciones, repartidas alternativamente entre pintura, música, escultura, poesía, fotografía y museografía. Como se puede constatar, todo un amplio abanico de vertientes.

En esta ocasión, nuestro *Dossier*, que recoge 10 ensayos, ha sido dedicado monográficamente al sugerente dominio de las relaciones entre el cine y las artes. Una opción temática que ha sido muy meditada, teniendo a su claro favor las estrechas relaciones y el destacado interés que los diálogos entre determinadas artes y el cine han mantenido históricamente y siguen sustentando en el horizonte de la contemporaneidad. Nos decidimos acertadamente, hace ya más de un año, a encomendar, por invitación, la coordinación del referido *Dossier* al profesor e investigador de la Universidad de Valencia, Dr. D. Francesc J. Hernández i Dobon, miembro también del Instituto Universitario de Creatividad e Innovaciones Educativas. El título del propio *Dossier* es ya, de por sí, lo suficientemente expresivo, anunciándose en el índice la parrilla de sus concretos contenidos: tras la presentación global llevada a cabo por el coordinador, han ido enlazándose estratégicamente los diferentes trabajos (los fundamentos del cine, las conexiones entre cine y fotografía, cine e ilustración, la tipografía en el cine, el cine y la música, cine y educación o televisión y cine, cerrando el recorrido la mirada sobre el cine de Siegfried Kracauer). Además en la preparación de sus ensayos ha colaborado una amplia nómina de destacados investigadores y artistas de nuestra Comunidad. Tal era el importante reto planteado. Todos ellos han dejado patente, desde el primer momento, un entusiasmo y generosidad sumamente ejemplares. No ampliaremos aquí más información sobre el *Dossier*, ya que los lectores encontrarán en la presentación del mismo una adecuada introducción al respecto.

En esta línea de cuestiones, nos resistimos, desde la Real Academia, a relegar lo más mínimo aquellos objetivos básicos que consagraron históricamente durante siglos a la Institución, como son el interés por la educación estética, por la gestión y conservación de los fondos artísticos y bibliográficos, por el desarrollo de la investigación, por la formación de sus miembros y también de la propia sociedad en la que se inserta la Academia. Tal ha sucedido, año tras año, con el encargo de coordinar

el *Dossier* de nuestra revista, recurriendo –en turno estratégico– a determinadas instituciones universitarias, estando vinculados a tales menesteres docentes e investigadores de alto nivel, que siempre han estado generosamente a nuestro lado.

Esta parte monográfica, de temática variable anual, según las circunstancias, quiere compensar, en cierto modo, el tono poliédrico y plural que, por su propia fundación y objetivos, nuestra publicación ha mantenido siempre, desde su nacimiento, marcando con ello un carácter y perfil altamente singulares, en cada una de sus respectivas entregas monográficas.

En lo que respecta a la rendición de cuentas bibliográficas y los comentarios de libros, se trata de un apartado que nunca ha dejado de existir en las revistas especializadas, más destacadas y de mayor alcance, aportando un importante capítulo de actualización estimativa e información respecto de las producciones bibliográficas relacionadas con las diferentes áreas de interés de la historia del arte, de la crítica, la museografía y de la estética.

Claramente no serían posibles todas estas diversas iniciativas de edición –que comentamos y de las que nos mostramos francamente orgullosos– sin el respaldo mostrado, por determinadas instituciones. Así había venido sucediendo, de hecho, con mayor o menor fortuna, según las circunstancias históricas, durante décadas. Por eso, a pesar de las restricciones, se incluyen determinados logos e imágenes institucionales en estas publicaciones, como puntual y explícito reconocimiento a las entidades colaboradoras, locales y/o nacionales, que aún se mantienen a nuestro lado. Con sorpresa, constatamos que otras han preferido no seguir estándolo. Ahí queda anotado.

No podemos finalizar estas referencias de agradecimiento sin mostrar nuestro afecto a quienes personalmente colaboran, año tras año, con nosotros, bien sea como autores de los trabajos de investigación que se publican en la revista o en los libros de nuestras colecciones, o bien persisten como imprescindibles asesores, evaluadores o coordinadores del conjunto de las gestiones pertinentes que la Academia lleva a cabo, gracias a los miembros de una destacada trilogía: la Junta de Gobierno de la Real Academia, el Consejo Asesor de la revista y el Comité Científico de nuestras publicaciones.

Especial mención cabe formular también respecto de las múltiples tareas que la Secretaría de Presidencia ejercita para preparar anualmente la edición de *Archivo de Arte Valenciano*. A todas estas personas e instituciones –junto a los diseñadores de las diferentes publicaciones y a las imprentas involucradas en el proyecto global– reiteramos sinceramente, una vez más, nuestra gratitud.

*Amicis denique hora....* Decían los clásicos, con razón.

Valencia, otoño del 2013.